

haberse dexado corromper por dinero, ó por la admirable belleza de sus prisioneras, facilitándoles su huida.

¿No os sentís ahora enteramente llenos de veneracion, de amor, y de respeto por la madre, y por las hijas? Aprovechémonos de estos momentos de fervor, y vamos á postrarnos ante sus reliquias. Pues es cierto que las cajas de los Mártires, y sus sagrados huesos, tienen la virtud de atraer las gracias, y las bendiciones del cielo sobre los que con veneracion las miran.

MAR-

MARTIRIO

DE S. CIRO,

Y DE SU MADRE SANTA JULITA (1).

Sacado de un Manuscrito Griego de la Real Biblioteca, traducido al Latin por el P. Combefis, y cotejado con otro Manuscrito Latino de la Biblioteca de M. Colbert.

Carta de Teodoro Obispo de Icona, que contiene el martirio de S. Ciró, y de Santa Julita su madre.

Cerca del año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

MAndasme, Santísimo Padre, por tu carta, que os informe de las particularidades del martirio de S. Ciró, y de Santa Julita: quereis saber si se conservan sus Actas en Icona, de donde os han dicho que madre, é hijo eran originarios. Os quexais que las que han dado en vuestras manos, son poco correctas, llenas de fábulas, de cuentos frívolos, y de muchas cosas que no admite la sólida, y austera decencia de la Religion Christiana. Vos las creeis supuestas, apócrifas, é indignas de toda creencia; y deseais, en fin, que os envíe á decir si se podrán recobrar verdaderamente sus verdaderas Actas. Pero como

nin-

(1) El dia 16 de Junio.

ninguna cosa desee yo con mas pasion que daros señales del afecto sincero que tengo á vuestra persona, apenas leí vuestra carta, quando me puse á leer, con toda la exâctitud posible, las Actas de estos dos Mártires. En efecto, en ellas he hallado todas las señales de suposicion; y las creo, como vos, corrompidas, y falsificadas. Y así, me ha parecido reconocer la obra, y hallo ser de una mano profana, y sacrílega; y si no me engaño, de los Maniqueos, ó algunos otros Hereges semejantes, que las han corrompido: habiéndolas cubierto estos inmundos insectos de una baba infecta, y emponzoñada. Esto mismo me ha obligado á hacer nuevas pesquisas; las quales, no obstante, me hubieran sido inútiles, no pudiendo descubrir nada que me satisfaciese, si no me las hubiesen manifestado algunas personas distinguidas, y de las primeras casas de Isaura (1), por cuyo medio pude tener instrumentos ciertos de lo que deseaba saber. Acudí, pues, á ellos, y los he hallado muy bien instruidos de todas las circunstancias de esta historia: tuvieron la bondad de hacerme la relacion conforme la habian oido hacer muchas veces á unos Señores de Licaonia, parientes muy cercanos de la Santa. Ved aquí, pues, lo que Marciano, personage de una alta probidad, y Canciller del Imperio (2), y Zenon, menos conocido por el puesto honorífico que

(1) O Claudiópolis, Ciudad Capital de Isauria. (2) En el reinado de Justiniano.

que ocupa en el Consejo del Príncipe, que por su sabiduría, y su virtud: ved aquí, digo, lo que estos dos grandes hombres se han dignado comunicarme tocante á los ilustres Mártires Julita, y su hijo.

Esta muger, cuya vida no fue menos pura que gloriosa su muerte, era de sangre Real. Las mas antiguas casas de Licaonia se precian de reconocerla por su parienta, y se juntan todos los años en el dia de su fiesta, para celebrarla con una magnificencia digna de una Santa, y de una nieta de Reyes. La persecucion que asoló la Iglesia en el imperio de Diocleciano, se dexó sentir por todo el mundo. No estuvo mas esenta la Licaonia, que las demás Provincias. Domiciano, que tenía en ella su gobierno, era un hombre feroz, y que se complacía en derramar la sangre de los Christianos. Esto obligó á Julita á dexar á Icona, y á retirarse á Seleucia con Ciro su hijo, que no tenía aún mas que tres años; y dos doncellas que la servian, sin llevar nada de sus grandes riquezas consigo. Pero halló que las causas de los Christianos estaban todavía en peor estado en Seleucia, que en Icona; y que Alexandro, Gobernador de ella, era aun mas cruel que Domiciano. Acababa este de recibir un nuevo edicto, el qual mandaba que todos los que rehusasen sacrificar á los Dioses, fuesen castigados hasta con el último suplicio. Acordándose entonces Julita de aquellas palabras de S. Pablo: Dad lugar á que se pase la cólera; dexó á Seleucia, y se puso en ca-

camino para refugiarse en Tarso, Capital de Sicilia. Pero acaeció que Alexandro partió en aquel mismo dia de Seleucia, y tomó la misma ruta. Fue, pues, reconocida, y arrestada con su hijo, que llevaba ella misma entre sus brazos. Sus criadas echaron á huir, y se ocultaron. Preguntóla Alexandro su nombre, su país, y su condicion. A todas estas preguntas no respondió otra cosa sino: Yo soy Christiana. Esto puso al Gobernador en cólera, y mandó que la quitasen su niño, y que la azotasen con nervios de bueyes. En quanto al niño Ciro, hizo que le diese por fuerza. No había cosa mas amable para ella que este hijo: cierto ayre, que denotaba su illustre nacimiento, junto con su inocencia, le grangeaba la inclinacion, y el afecto de todos los que estaban presentes. Costó el mayor trabajo del mundo arrancarle de los brazos de su madre. El estendía hácia ella los suyos con un modo enteramente compasivo. Jamás se le pudo obligar á apartar sus ojos de ella; y así por sus gestos, y movimientos de su cuerpo, como por sus gritos, y sus lloros, daba á conocer la violencia que se le hacía. Lleváronle los verdugos al Gobernador, que tomándole por la mano, se esforzaba por acallarle. Púsole sobre sus rodillas para este fin, alhagándole, y haciéndole mil caricias, probando muchas veces á darle un beso. Pero el niño, teniendo siempre los ojos vueltos hácia su madre, retiraba la cara del Gobernador con sus manecitas, arañábale el rostro, dábale con los pies en el

el estómago; y en fin se defendía con las débiles armas que la naturaleza le proveía. Y quando su madre, en medio de los tormentos, gritaba: Yo soy Christiana, inmediatamente repetía él: Yo soy Christiano. Lo qual excitó de tal manera la cólera del Gobernador, que esta bestia feroz, sin tener ningun respeto á una edad, que halla compasion aun en las almas menos capaces de ella, tomó á este inocente por un pie, y lo tiró al suelo. Entonces, cayendo este pequeño Martir, se dió con la cabeza contra las gradas del tribunal, y lo ensangrentó con sus sesos, esparcidos hasta por la tarima, ó pavimento, acabando su vida. Viólo Julita, y dió gracias á Dios de que hubiese colmado antes que á ella á su hijo.

Avergonzado el Juez, y al mismo tiempo pesaroso de su delito, se puso á lamentar el desastrado fin del niño; pero su furor no fue menos para con la madre: al contrario, esto lo aumentó. Porque la hizo tender sobre una mesa, amenazándola que la haría desollar viva, mandando la echasen pez derretida sobre los pies, gritándola mientras tanto un verdugo: Julita, sacrifica: mas ella gritaba todavía mas alto, diciendo: Yo no sacrifico á los demonios, ó á estatuas mudas, y sordas. Yo adoro á Jesu-Christo, único Hijo de Dios, por quien todas las cosas han sido criadas. Estoy con grande impaciencia de ir á juntarme con mi hijo. Condenóla el Gobernador á que la cortasen la cabeza, y el cuerpo de su hijo á ser llevado al lugar en donde se echan los de los

los reos. Acercáronse los verdugos á Julita para cortarle la cabeza: hincóse de rodillas; y habiendo obtenido de estos hombres algunos momentos, hizo esta oracion: "Gracias os doy, Dios mio, de que os hayais dignado dar á mi hijo una silla en vuestro Reyno: tened la bondad, Señor, de querer recibir tambien en él á vuestra sierva, por indigna que sea: concededme la entrada en la sala nupcial, como la concedísteis á las vírgenes prudentes, para que mi alma bendiga eternamente á vuestro Padre, que es el solo Dios, que ha criado, y que conserva todas las cosas: que os bendiga, Señor, y que bendiga al Espíritu Santo." Derribóle el verdugo la cabeza en el mismo momento en que su boca acabó de pronunciar Amen. Fue arrojado el cuerpo fuera de la Ciudad en el mismo lugar en que fue echado el de su querido hijo. Al dia siguiente las dos criadas, que se ocultaron durante esta execucion, salieron de su retiro, y tuvieron bastante valor, y resolucion para levantar las sagradas reliquias de su ama, y del niño. Enterráronlas en un campo cerca de la Ciudad. Algunos años despues el gran Constantino, habiendo sacado del cautiverio á la verdad, y á la Iglesia, una de estas criadas, que aún vivía, descubrió el lugar que encerraba en sí este precioso depósito, y se llegó á hacer despues célebre por la piedad de los Fieles, que venian á él á implorar el socorro de estos dos Mártires.

DIS-

DISCURSO, U ORACION

DE S. GREGORIO NISENO

SOBRE

S. TEODORO MARTIR (1).

Año de Jesu-Christo 306, en el imperio de Galerio, y de Maximino.

Sagrado rebaño del Salvador: vosotros, á quienes ha elegido por su Pueblo: Nacion santa, familia Real honrada con el Sacerdocio: numerosas tropas de Fieles, que acudís á este lugar de las Ciudades, y del campo; ¿qué motivo es el que os trae á él? ¿Qué os obliga á dexar vuestros hogares, y os hace emprender un viage tan largo, y tan penoso, en una estacion tan cruel, en lo mas fuerte del invierno, y en tiempo de nieves, y de escarchas? Toda la naturaleza está en inaccion, todo el mundo descansa: el soldado dexa su arco, y sus flechas, para no volverlas á tomar hasta la primavera: el piloto desarma su navío; y el labrador desunce, y aparta su arado. ¿Es acaso porque el Santo Martir, cuya memoria celebramos hoy dia, ha tocado la trompeta para atraeros aquí de todas partes? ¿Ha hecho de

Tom.III.

E

(1) La Iglesia Griega hace memoria de él el dia 18 de Febrero; y la Iglesia Latina el 9 de Noviembre.